

LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Parte segunda

INTRODUCCIÓN

Lo que dijo Arquímedes de las fuerzas mecánicas puede aplicarse a la razón y a la libertad: “¡ Si tuviésemos un punto de apoyo moveríamos el mundo!”

La Revolución americana nos ofrece prácticamente en política lo que en mecánica era sólo teoría. Todos los gobiernos del Viejo Mundo estaban tan profundamente arraigados, y tenían la tiranía y la costumbre tan eficazmente cimentadas en su entraña, que nada hubiera podido esperarse de Asia, África, ni Europa, para reformar la condición política del hombre. La libertad había sido perseguida en toda la redondez del globo, la razón era considerada como rebelión, y la esclavitud del terror hacía que los hombres no se atreviesen a pensar.

Pero es tal la naturaleza irresistible de la verdad que todo lo que pide y lo único que necesita es la libertad de darse a conocer. El sol no tiene necesidad de letreros para que se le distinga de las tinieblas. Así, apenas los gobiernos americanos fueron conocidos en el mundo, el despotismo sufrió una fuerte sacudida, y el hombre empezó a ver en perspectiva la reparación.

La independencia de América, considerada simplemente como una separación de Inglaterra, hubiese sido asunto de muy poca importancia si no hubiese ido acompañada de la revolución en los principios y en la práctica de los gobiernos. América estableció así una posición, no sólo para ella misma, sino para el mundo entero, y puso la mirada más allá de las ventajas que a sí misma podría reportarle. Los mismos voluntarios de Hesse, reclutados para luchar contra ella, vivirán para bendecir su propia derrota, e Inglaterra misma, al condenar la depravación de su gobierno, se felicita de su fracaso.

Así como América era el único lugar en el mundo político donde pudieran ser iniciados los principios de reforma universal, también era el mejor en el mundo natural. Un conjunto de circunstancias concurren no sólo para darle la vida, sino para infundir una madurez gigantesca a sus principios. El escenario que este país presenta a la mirada del espectador tiene algo que estimula y engendra las grandes ideas. La naturaleza se nos aparece allí en toda su magnificencia. Los espléndidos panoramas que contemplamos dilatan nuestra mente, y en cierto modo, nos hacen compartir su grandiosidad. Los primeros colonizadores de Norteamérica fueron emigrantes de diferentes países europeos y de diversas confesiones religiosas, que huían de las persecuciones gubernamentales del Viejo Mundo, y se reunían en el Nuevo, no como enemigos sino como hermanos. Las privaciones que necesariamente tienen que sufrir los que cultivan el páramo producen entre ellos una solidaridad que los países hastiados de las querellas e intrigas de los gobiernos se han olvidado de fomentar. En aquella situación, el hombre se convierte en lo que debe de ser. Ve

a los seres de su especie, no con la idea inhumana de un enemigo natural, sino como a prójimos suyos. Este ejemplo muestra al mundo artificioso que el hombre, si quiere aprender, debe volver a la naturaleza.

Por los rápidos progresos que América realiza en toda clase de adelantos es razonable deducir que si los gobiernos de Asia, África y Europa hubiesen comenzado de una manera semejante a la de América o no hubieran sido corrompidos después, estos continentes se encontrarían en la actualidad en una posición muy superior a la que ocupan. Generación tras generación han ido sucediéndose sin otro objetivo que el de considerar su propia miseria. Imaginaos a un espectador que no conociese nada del mundo, y que estuviese colocado en él solamente para hacer sus observaciones: creería probablemente que una gran parte del Viejo Mundo era el Nuevo, y que luchaba con las dificultades y asperezas de aprendizaje, como una criatura. No podría imaginar que esas hordas de pobres miserables en que abundan los viejos países estuviesen formadas por otros que por individuos que aún no habían tenido tiempo de proveer a sus necesidades. ¡Qué lejos estaría de pensar que eran la consecuencia de lo que en esos países se llama gobierno!

Si desde las naciones más más miseras del Viejo Mundo, consideramos aquellos países que se hallan en satisfactorio estado de prosperidad, todavía encontramos la mano ávida del gobierno que se introduce en todos los rincones y recovecos de la industria, para arrebatar con ansia los desechos de la multitud. Continuamente se tortura allí la imaginación del gobernante en busca de nuevos pretextos para

impuestos y tasas, espiando la prosperidad como a una presa, y no permitiendo que nadie escape sin pagar su tributo.

Ahora que las revoluciones han empezado (y siempre hay más probabilidades de que una cosa continúe una vez comenzada, que las hubo antes de su principio), es natural esperar que sobrevengan otras. Los asombrosos y crecientes dispendios que realizan los viejos gobiernos, las numerosas guerras que entablan o provocan, las trabas que ponen en el camino de la civilización y del comercio universal, y la opresión y las usurpaciones que llevan a cabo en el interior del país, han agotado la paciencia del mundo y consumido su riqueza. En tales circunstancias y con los ejemplos ya existentes, las revoluciones tienen que ser tenidas en cuenta. Se han convertido en tema de conversación universal, y pueden considerarse como *la orden del día*.

Si pueden implantarse sistemas de gobierno menos onerosos y más productivos de bienestar general que los que han existido, todo intento de oponerse a su advenimiento acabará por ser infructuoso. Tanto la razón como el tiempo continuarán su camino, y los prejuicios emprenderán la guerra contra los intereses. Si la paz universal, la civilización y el comercio han de llegar a ser la feliz herencia del hombre, esto sólo puede ocurrir mediante una revolución en los sistemas de gobierno. Todos los gobiernos monárquicos son militaristas. La guerra es su oficio, el saqueo y los beneficios que de él provienen son sus objetivos. Mientras continúen, pues, tales gobiernos, la paz no tiene ni un día de seguridad absoluta. ¿Qué es la historia de los gobiernos monárquicos sino un cuadro repugnante de humana miseria con el accidental respiro de unos días

de reposo? Hastiados de la guerra y hartos de humana matanza se sientan a descansar y a eso le llaman paz. Desde luego, no es ésta la condición para que el cielo destinó al hombre; y si *esto es monarquía*, podemos catalogar a la monarquía entre los pecados de los judíos.

Las revoluciones que antiguamente se hicieron en el mundo no tenían en sí nada interesante para la mayoría de la humanidad. Se limitaban únicamente a un cambio de personas y medidas, pero no de principios, y se iniciaban y extinguían entre los asuntos corrientes de todos los días. Las que ahora contempláis pudieran propiamente llamarse "contrarrevoluciones". En los tiempos primitivos la conquista y la tiranía desposeyeron al hombre de sus derechos, y ahora el hombre los está recuperando. En esto ocurre lo mismo que con la marcha de todos los asuntos humanos, que tiene sus flujos y reflujos en direcciones opuestas unas de otras. El gobierno fundado sobre *una teoría moral, sobre un sistema de paz universal, sobre la indestructible herencia de los derechos del hombre*, ha vuelto sobre sí mismo, girando ahora de Oeste a Este, con un impulso aún más fuerte que aquel con que el gobierno de la espada giraba de Este a Oeste. Y no por el interés de los individuos aislados, sino por el progreso de las naciones. Con él, una nueva era comienza para la humanidad.

El peligro a que más expuesto se halla el éxito de las revoluciones es el de ser planteadas antes de que los principios de que provienen y las ventajas que hayan de reportar sean suficientemente vistos y comprendidos. Casi todo lo que se refiere a los hechos y recursos de una nación, se resume y confunde bajo el nombre general y misterioso de *gobierno*. Y aunque los gobiernos evitan tomar sobre sí

la responsabilidad de los errores que cometen y los desastres que ocasionan, no dejan de arrogarse todo lo que tiene apariencia de prosperidad. Así arrebatan a la industria los honores que le corresponden, presumiendo de ser ellos la causa de sus mejores efectos, y arrebatan al ingenio del hombre los méritos que le corresponden como miembro de la sociedad.

Tal vez sea corriente en estos días de revoluciones el discriminar entre las cosas que son consecuencia del gobierno y las que no lo son. Para esto sería mejor analizar la sociedad, la civilización y las consecuencias que de ella se deduzcan, aisladamente de lo que se llama sistemas de gobierno. Al empezar esta investigación podremos asignar los efectos a su propia causa y analizar la fuente de los errores comunes.